

LA LUZ SITIADA

A primera vista los cuadros de Francisco Carreño son una crónica casi fotográfica, melancólicamente exacta, de la desaparición de un paisaje: la Vega de Granada. Pero basta con detenerse a mirar estas imágenes para ver en ellas, además de la historia de una batalla perdida, la descripción de la relación íntima que une siempre a los dos contendientes: el vencedor y el vencido.

En las obras que aquí se muestran, y en sus distintos planos, coexisten la plenitud y el vacío. Todos sus elementos se entrelazan tejiendo el diálogo de la claudicación. Como en Breda (y como en Granada), el mundo que se rinde le hace una solemne reverencia al contexto que lo ha desplazado; el derrotado le entrega al nuevo poder las llaves de su reino para que lo ocupe, pero sabiendo que ese reino que abandona ya nunca volverá a ser el mismo. Y también en esta ocasión no falta el orgullo ni la ironía en la inclinación de cabeza que hace el vencido. El vencedor-la ciudad-lo ha ido invadiendo desde lejos, muy despacio, como aquel relato de Cortázar en el que unos extraños acaban tomando posesión de la casa que no les pertenece hasta confinar a sus dueños en una sola habitación. El campo ya no es más que un retazo aprisionado entre rascacielos cada vez más cercanos; los últimos verdes de las plantas de tabaco se apagan contra el horizonte de cemento; los viejos secaderos se yerguen en su anacronismo convirtiéndose en extraños homenajes al tiempo.

Gracias a los trazos minuciosos de Carreño, a su sentido de la observación fingidamente imparcial, los cobertizos de maderas podridas por la lluvia y las siluetas de los árboles sin hojas se vuelven radiografías de lo irrecuperable. El pintor nos cuenta su grandeza haciéndola resaltar contra el bosque que intenta reemplazarlos: un bosque de cables de alta tensión, de bloques idénticos y ciegos que avanzan como ejército estático, de autopistas que arrasan con sus tentáculos los antiguos huertos, las alamedas por las que aún corren secretos manantiales. Los derruidos cortijos nazaríes se han convertido en supervivientes importunos, como lo es cualquier superviviente.

La pintura de Francisco Carreño copia fielmente la dialéctica entre estos dos mundos, el que surge y el que se extingue. Y, al hacerlo, los últimos testigos del pasado adquieren la nobleza de los vestigios ilustres: se elevan suavemente a la condición de testimonio histórico, a la categoría poética de ruina. Ruinas que brillan bajo la luz de un sol que ya se ha puesto.

¿No es esa la luz imperecedera de la memoria?

Cristina García